

Prólogo al Folleto de Junius
Introducción a la segunda edición en alemán de *La crisis de la socialdemocracia*
***[El Folleto de Junius]* de Rosa Luxemburg**
Clara Zetkin
Mayo de 1919

(Versión al castellano de Ana Armand desde “[Préface à la brochure de Junius](#)”, en
[l’Archive Internet des Marxistes - Section française - Clara Zetkin](#))

El *Folleto de Junius*¹ de Rosa Luxemburg tiene una historia, y es por sí mismo una página de historia, debido tanto a las circunstancias en que nació como a la vida ardiente y la radiante claridad que de él se desprende.

Rosa Luxemburg redactó el folleto en abril de 1915. Unas semanas antes, había tenido que ingresar en la “Prisión Real de Prusia para mujeres” de la Barnimstrasse de Berlín. Ahí tenía que purgar el año de cárcel a que había sido condenada antes de la guerra, en febrero de 1914, por la cámara correccional de Frankfurt, gracias a su valerosa lucha contra el militarismo. La lucha, la condena y el epílogo contenían ya en resumen todo lo que después se desplegaría ampliamente y saldría a relucir:

- El conocimiento claro que tenía Rosa Luxemburg de la tormenta imperialista que se preparaba y de la necesidad imperiosa del proletariado de oponer a ella con todas sus fuerzas;
- La osadía y la entrega con que emprendió el combate en nombre del socialismo internacional contra el peligroso enemigo;
- El agudo instinto de clase del capitalismo, por no decir la lúcida conciencia de clase con que el mundo burgués ponía sin escrúpulos su poder al servicio del militarismo, al que la aparición del imperialismo había impuesto las nuevas tareas de dominación del mundo y al que había conferido una creciente importancia para la supervivencia del capitalismo;
- La deshonrosa capitulación de la socialdemocracia, o más bien de sus dirigentes, ante el militarismo y el imperialismo.

Entonces, en efecto, grandes masas proletarias ardían en deseos de lanzarse a la lucha contra el militarismo y el imperialismo. Su conciencia de clase no conocía claramente todavía al mortal enemigo, pero su sensibilidad de clase, siempre sana, lo olfateaba y lo presentía. Al igual que bajo un proyector, el militarismo había aparecido en su horizonte en su esencia histórica, crudamente revelado por la condena de Rosa Luxemburg y por lo que la había provocado: la convicción expresada por la valerosa militante de que los proletarios no debían obedecer la orden que se les daba de tomar las armas “contra sus hermanos de otras nacionalidades. El áspero y estimulante efecto de las palabras incriminadas quedó todavía más reforzado por el discurso que pronunciado ante el tribunal de Frankfurt, un clásico documento de defensa política, donde en vez de entregarse a monsergas jurídicas sobre su “culpabilidad”, su castigo y su pena, emprendió el combate a favor del ideal científicamente establecido del socialismo internacional. Una

¹ *El folleto de Junius. La crisis de la socialdemocracia*, Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

oleada de entusiasmo levantó a las masas proletarias, que estaban decididas a luchar. Si la dirección de la socialdemocracia hubiera sido mínimamente consciente, habría tenido que sacar partido de ese estado de ánimo y ampliarlo de manera que presentara al militarismo y al imperialismo una batalla de gran alcance y le infligiera un duro golpe. Una vez más, el comité dirigente de la socialdemocracia demostraba claramente que su convicción no descansaba en una base sólidamente establecida de los principios marxistas, en esta elevada plataforma que ofrece un amplio punto de vista sobre las cosas y su desarrollo, y permite determinar por consiguiente con precisión el conocimiento, la voluntad y la acción.

La dirección establecía también la propia verificación de inexistencia; demostraba que, pura y simplemente, carecía de todo lo que constituye una dirección política. Renunciaba a su tarea evidente, manifiesta y necesaria: canalizar en una acción de masas fuerte y unitaria contra el militarismo y el imperialismo todas las

imponentes manifestaciones que se desencadenaban por doquier para protestar contra el juicio de la cámara correccional de Frankfurt. La dirección del partido llegaba todavía más lejos en su retroceso respecto al glorioso juramento de la socialdemocracia. Intentaba reprimir un movimiento que se había ampliado al margen de su preinca. Y todo eso en una atmósfera de violenta agitación no sólo a propósito del caso Luxemburg, sino del triunfo de la autoridad militar en el escandaloso proceso contra el “pequeño teniente” Forstner-Zabern; a propósito del sanguinario juicio del tribunal militar de Erfurt que, al margen de cualquier sentimiento humano, condenaba a los proletarios a años de presidio por naderías; a propósito de las espantosas brutalidades de que fueron víctimas un gran número de soldados, y que debían salir de la oscuridad de los patios cuarteleros y de los dormitorios de tropa para ser mostradas a pleno día en el transcurso de un proceso posterior contra Rosa Luxemburg (si nuestros recuerdos son exactos, se citaron como testigos a más de 30.000 víctimas de dichas brutalidades).

Pero en aquel momento los rápidos progresos de cretinización y aburguesamiento parlamentarios de la socialdemocracia, así como su temor inquebrantable hacia las acciones de masa, ya le habían llevado a un comienzo de capitulación ante el militarismo y el imperialismo. Con la complicidad activa y pasiva del grupo parlamentarios socialdemócrata, y a partir de ahí de toda la socialdemocracia, puedo llevarse a cabo con éxito la monstruosa estafa del “regalo jubilar para el pacífico emperador Guillermo II” y el gobierno pudo preparar sin estorbos a guerra “preventiva” del imperialismo en 1914 gracias al proyecto de ley sobre la defensa que concedió el aumento de los efectivos militares requeridos, al presupuesto militar que se elevaba a miles de millones, al primer crédito de guerra para la expedición de pillaje del capital alemán sobre Bagdad y otras “plazas bien situadas” vía los Balcanes. El grupo parlamentario había tranquilizado a los partidos burgueses “de oposición” dando su aprobación al proyecto de ley sobre la defensa, y al hacerlo admitía que este proyecto estuviera separado del proyecto de ley de cobertura. Había dado su bendición al presupuesto militar y al impuesto sobre el crecimiento de la fortuna únicamente, decía, porque eran impuestos de los ricos. Había corrido tras el fantasma inasequible de una “política financiera reorientada”, pero renunció a imponerse a la coraza de hierro del imperialismo.

Las posiciones del grupo parlamentario habían decidido la actitud de todo el partido, a excepción de pequeños círculos que adoptaban una actitud crítica y activa. La socialdemocracia no se había preparado para rechazar, mediante fuertes acciones de masa, el tercer asalto del imperialismo ávido de poder. De este modo, por una parte, dio al militarismo y a imperialismo la seguridad de la victoria y la certidumbre de que no debían temer un levantamiento de las masas proletarias que pudiera contrariar la realización de sus planes; por otra, creaba una situación molesta y paralizadora en las propias masas, y

provocaba una desmovilización en el mismo momento en que se percibía un peligro amenazador. En suma, la socialdemocracia dejó desarrollar un clima de vértigo de guerra que, en agosto de 1914, eliminó cualquier resistencia política y moral de la clase obrera contra el crimen de la guerra. No olvidemos que en la actitud de la socialdemocracia de aquella época triunfaba la política del “centro marxista [*Marxistisches Zentrum*] que Karl Kautsky recomienda con fervor en nuestros días al proletariado como condición de su victoria. No olvidemos que fue ese mismo Gran Sacerdote del “marxismo puro” quien, con su teoría fiscal, antimarxista en grado sumo, había construido el puente de los asnos por el que el grupo ‘parlamentario debían avanzar votando los créditos militares y el impuesto militar sobre el crecimiento de la fortuna. En la situación en que se encontraba, si el comité de dirección del partido socialdemócrata hubiera decidido cambiar de piel, se habría decidido a sacar partido del estado de ánimo que había aparecido en las masas a consecuencia del proceso de Frankfurt y a llevar una lucha seria contra el militarismo y el imperialismo. A lo largo de los acontecimientos que, en la primera mitad de febrero de 1915, llevaron a Rosa Luxemburg a la cárcel, se había podido comprobar el vergonzoso fracaso de la socialdemocracia, pero también se había asistido al combate decidido y abnegado que la ardiente militante del socialismo emprendía contra la decadencia interior de aquélla.

Después de haberse aprovechado de un aplazamiento de condena, Rosa Luxemburg fue encarcelada con una rapidez sorprendente, sin que se tuviera en cuenta el hecho de que sufría incuestionablemente las consecuencias de una grave enfermedad y los médicos temían que su estancia en la cárcel perjudicara gravemente su salud. ¿Necesitaba alguna expiación el mundo burgués para que se ejecutara inmediatamente la sentencia de Frankfurt? En aquella época, las puertas de las cárceles y de los penales se habían abierto para ladrones, estafadores, adúlteros, quebrados, perjuros, asesinos, chulos. Gracias al genocidio cometido para mayor honra y gloria del imperialismo alemán y, a fin de cuentas, para la existencia y la continuidad de la economía de explotación capitalista en Alemania, todos pasaban a ser blancos como la nieve: era evidente que habían pecado contra las leyes de la sociedad burguesa, pero, pese a todo, en sus mismos errores, seguían siendo sus hijos legítimos. Rosa Luxemburg se rebelaba fundamentalmente contra esta sociedad, pues incluso después del comienzo de la guerra en lugar de berrera el *Deutschland, Deutschland über alles* con toda la socialdemocracia, entonaba el canto de la Internacional que engloba a toda la humanidad. La prisión debía constituir muchos menos una expiación de los “delitos” del pasado que un estorbo para la luchadora de la hora actual. Pues, desde el mismo día de la movilización, Rosa Luxemburg se había puesto en pie de guerra contra el imperialismo y sus monstruosos crímenes.

Apenas se había acabado de saber que el grupo parlamentario socialdemócrata había votado los créditos de guerra cuando Rosa, acompañada de algunos escasos amigos, ya levantó la bandera de la rebelión contra la traición de la Internacional y del socialismo. Dos circunstancias impidieron que la noticia de esta rebelión fuera inmediata y ampliamente difundida. Había que iniciar la lucha pro una protesta en contra del voto socialdemócrata de los créditos de guerra, y se debía actuar de tal manera que esta protesta no quedara estrangulada por los juegos de manos de la censura y del estado de sitio. Además, y fundamentalmente, el efecto de esta protesta habría quedado indudablemente reforzado si conseguía ser apoyada desde un principio por un gran número de notorios militantes socialdemócratas. A partir de entonces, nos esforzamos en formularla de tal manera que pudiera ser aprobada por el mayor número posible de camaradas dirigentes que, en el grupo parlamentario y en los pequeños círculos, criticaban duramente la política del 4 de agosto. Fue una preocupación que nos costó muchos mareos, papel, cartas,

telegramas y tiempo precioso, y cuyo resultado, pese a todo ello, fue prácticamente nulo. Sólo Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg, Fran Mehring y yo misma, nos atrevimos a enfrentarnos al ídolo devorador de la disciplina del partido, que hacía perder cualquier carácter y toda convicción personal, y dirigimos violentas críticas a la mayoría del partido.

Estos días de aparente calma no eran, evidentemente, más que un período de febriles preparativos en vistas al combate cuerpo a cuerpo con el enemigo mortal. Rosa Luxemburg fue la animadora de los preparativos y, después, del mismo combate. En las brumas sangrientas del caos de la guerra mundial, su clarividente inteligencia histórica mostraba a los vacilantes las líneas indelebles de la evolución hacia el socialismo; su energía impetuosa y siempre en vilo aguijoneaba a los que estaban cansados y abatidos, su audacia intrépida y su entrega hacían sonrojar a los timoratos y a los miedosos. El espíritu atrevido, el corazón ardiente y la firme voluntad de la “pequeña” Tosa eran el motor de la rebelión que, en nombre del socialismo internacional, se oponía a la asesina guerra mundial y a sus funestos corolarios; el socialpatriotismo y la Unión Sagrada. Ni la enfermedad ni el estado de sitio, así como tampoco el obstáculo más penoso y más opresivo, la inercia de las masas, pudieron impedir que Rosa Luxemburg luchara con sus palabras y sus escritos en contra de la mayoría socialdemócrata y su socialismo nacionalista y belicoso, y en contra de la oposición vacilante y timorata que comenzaba a agruparse alrededor de la minoría del grupo parlamentario y en torno a [Kautsky](#), ya a hacer todo lo posible para arrancar los proletarios alemanes a su influencia. Unirles a partir de un reconocimiento claro y precisamente definido de los principios del socialismo internacional, llevarlos a oponerse al imperialismo en tanto que militantes conscientes de la lucha de clases, aumentar la intensidad de la lucha de clases proletaria de acuerdo con el grado de evolución de la situación histórica: éstos eran los objetivos de su apasionada acción.

Rosa Luxemburg ya había terminado el primer número de la revista *Internationale* cuando fue encarcelada. En vísperas de un viaje que ambas proyectábamos a Holanda, en el curso del cual queríamos preparar la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas prevista, estrechar firmemente los lazos internacionales y animar los intentos hechos para reunir a los camaradas, hombre y mujeres, que habían permanecido fieles a los principios de la Internacional. En lugar de cruzar la frontera holandesa en compañía de Rosa, tuve que ir a visitarla a la cárcel de la Barnimstrasse. La ejecución de la condena surgió como un rayo fulgurante en nuestros proyectos inmediatos de lucha. No obstante, apenas dos meses después, el *Folleto de Junius* estaba terminado. Rosa Luxemburg no permitió que su encarcelamiento dejara un momento de tregua al enemigo. Le impedían combatir. Atrevidamente, respondió al peso que se abatía sobre ella: ¡ahora más que nunca! Su voluntad indomable transformó este despiadado lugar de opresión en un lugar de libertad intelectual. Los trabajos de carácter político le estaban estrictamente prohibidos. A escondidas, en medio de las mayores dificultades, estrechamente vigilada por unos ojos escrutadores, al lado de las ocupaciones científicas y literarias que se le permitían, redactó su amplia y penetrante crítica de la socialdemocracia, aprovechando ávidamente para ello cada minuto y cada chispa de luz. El cansancio y la enfermedad desaparecían ante la fuerza de la voz interior. Fue esta voz la que permitió a Rosa soportar lo que la contrariaba y torturaba en mayor grado: el hecho de ser interrumpida un número incalculable de veces en el desarrollo de sus ideas, de temer incesantemente que la sorprendieran en su trabajo y no pudiera llevarlo a término. Cuando pudo poner punto final al manuscrito y, astuta como Ulises, confiar las últimas hojas a unas manos amigas para hacerlas salir de su calabozo, esto significó para ella la liberación de una imperiosa exigencia intelectual.

Ante las puertas de la cárcel de mujeres el aire estaba cargado de los estragos de la guerra mundial, u apestando por los pútridos vapores desprendidos por los instintos de

lucro y usura de los honorables aprovechadores y defensores del orden burgués que se desencadenaban sin el menor pudor. La “voluntad de vencer” artificialmente calentada al rojo vivo por todos los medios, mentiras, violencias e infamias, había llegado a su colmo. Mes tras mes, la socialdemocracia se hundía un poco más en el mar sanguinolento del fratricidio, aprobando como un alumno dócil las decisiones de la burguesía imperialista y de su gobierno, con unas mínimas variantes, violando todos sus juramentos de fidelidad a la solidaridad internacional pisoteando los ideales socialistas. Los trabajadores se dejaban arrastrar por el imperialismo al vértigo de la muerte y de la perdición en vez de dedicarse a resistirle conscientemente: su apatía y su letargo eran como una masa de niebla sombría y opresora. En la atmósfera sofocante de aquel período, el *Folleto de Junius* fue como la borrasca de viento fresco y estimulante que anuncia la tormenta purificadora.

Y representaba mucho más que eso: en sí mismo, ya era esa tormenta purificadora del conocimiento lúcido gracias a la cual la socialdemocracia comenzaba a reencontrar su camino, se disponía a vencer al imperialismo y al militarismo y a realizar el socialismo mediante la lucha de clases internacional. Contribuía fuertemente a despertar a los proletarios, a arrancarlos de la borrachera socialpatriótica y de la torpeza de la armonía de la Unión Sagrada, a congregarlos a partir de la lucha de clases en torno a la bandera del socialismo internacional. Claro, sólido como el granito, basado en un profundo estudio científico, el folleto expresaba y canalizaba una manera de sentir, pensar y querer que comenzaba a insinuarse en las masas populares, al principio bajo una forma tímida y esporádica, después de una manera más firme y acuciante, abarcando círculos cada vez más amplios. Gracias al *Folleto de Junius*, la vanguardia revolucionaria del proletariado alemán y sobre todo los importantes círculos que sirven de intermediario ante las masas y que transmiten la línea política a seguir recuperaron su lucidez y su espíritu combativo. El folleto aportaba precisamente lo que estos círculos necesitaban, y reclamaba la vanguardia: una visión clara de los acontecimientos del momento que se prestaban a gran confusión; una perspectiva luminosa sobre el futuro; unas consignas audaces y precisas.

Karl Kautsky, el teórico oficial de la socialdemocracia, había dejado de ser su guía clarividente y la había lanzado por un mal camino. No consiguió encontrar en toda su reserva de fórmulas “marxistas” una sola que justificara la lamentable traición de la mayoría del partido. *ad usum delphini* inventó la famosa teoría de las dos almas de la Internacional Socialista que, en su opinión, era “un instrumento válido para la paz y no para la guerra” y cuyos principios, a partir de ahora, variaban según la situación dada, tomando a veces la forma: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”, y otras, al contrario: “¡Proletarios de todos los países, asesinaos!”. Como un alma en pena, iba de un lado a otro tambaleándose en medio de sus contradicciones lógicas frágiles como castillos de naipes y de sus pedantes logomaquias, para tomar finalmente posición a favor de la política del 4 de agosto, atrincherándose tras su autoridad. La oposición que después manifestó estuvo llena de contradicciones, inestable en sus principios, y endeble. Rosa Luxemburg, en cambio, enjuiciaba esta política en el *Folleto de Junius* de manera consecuente, despiadada y aplastante. Establecía el balance del fracaso, único en la historia, de la socialdemocracia, y para hacerlo no se apoyaba en fórmulas sino en los hechos, esas pequeñas cosas inflexibles². Demolía todas las leyendas y todos los slogans que servían de justificación al socialpatriotismo, poniendo al desnudo las causas y las fuerzas motrices de la guerra imperialista y desvelando su naturaleza y sus objetivos.

Pese a las grandes dificultades procedentes de su encarcelamiento, Rosa Luxemburg reunió en el *Folleto de Junius* un conjunto de hechos preciosos y

² “die Steifnackigen Dinger”, literalmente: “las cosas que no doblagan el espinazo”.

concluyentes. Con una soberana maestría en la utilización del materialismo histórico como método de investigación, desembrolla y aclara los hechos, y su visión dialéctica de la historia los llena con una vida intensa. El *leitmotiv* del *Folleto de Junius* está contenido en esta frase del penúltimo capítulo: “La historia que ha dado origen a la guerra actual no comenzó en julio de 1914, sino que se remonta a años anteriores, durante los cuales fue tejida hilo a hilo con la necesidad de una ley natural, hasta que la malla espesa de la política mundial imperialista envolvió a los cinco continentes: un formidable complejo histórico de fenómenos cuyas raíces penetran en las profundidades plutónicas del devenir económico, y cuyas ramas más altas apunta en dirección a un nuevo mundo todavía indistinto que comienza a vislumbrarse”.

El imperialismo surgido del desarrollo capitalista nos aparece como un fenómeno internacional, irradiando y ejerciendo influencias en todas las direcciones, poseyendo una brutal falta de escrúpulos y de consideraciones, unos apetitos gigantescos e insaciables, recurriendo a medios violentos y produciendo unas maravillas no menos colosales que “la construcción de las pirámides de Egipto y de las catedrales góticas” a que se refiere el *Manifiesto Comunista*. Da un nuevo y más profundo contenido a la oposición entre Francia y Alemania surgida con motivo de la guerra de 1870-1871: borra los viejos conflictos de intereses en el plano mundial entre los grandes estados europeos y crea entre ellos nuevos antagonismos en nuevas regiones; arrastra en el torbellino a los Estados Unidos y al Japón. Cubierto de inmundicia y sangre, recorre el mundo, aniquila todas las civilizaciones y, después de haberlas saqueado, convierte a poblaciones enteras en esclavas del capitalismo europeo. El imperialismo internacional prepara poco a poco la conflagración mundial en Egipto, Libia, Marruecos, África del Sur y del Sudeste, Asia Menor, Arabia, Persia y China, en las islas y en las costas del Pacífico, así como en los Balcanes. Nacido tardíamente, pero dotado de un exagerado espíritu de empresa, el capitalismo alemán es el que, después de provocar el ultimátum de Austria a Serbia, ha encendido en 1914 la hoguera de la civilización capitalista mediante la “guerra preventiva”. Estaba irresistiblemente empujado por la sed de millones del capitalismo financiero alemán (el capitalismo financiero más concentrado y mejor organizado del mundo), especialmente representado por el *Deutsche Bank*, que ambicionaba la explotación de Turquía y Asia Menor, así como por la avidez de la industria de armamentos; por otra parte, el poder casi total de Guillermo II y la debilidad complaciente de la oposición burguesa le atribuían una peligrosa libertad.

En el reducido espacio del *Folleto de Junius*, Rosa podía describir el carácter imperialista de la guerra mundial y de sus objetivos bajo una forma viva, porque en su vasta obra científica sobre *La acumulación del capital* ya se había dedicado a investigar el imperialismo en sus últimas raíces económicas y en sus ramificaciones políticas con tanta profundidad como sutileza. Al despojar a la guerra mundial de su disfraz ideológico, al mostrarla al desnudo tal como es: un negocio, el gran negocio, el comercio del capitalismo internacional sobre la vida y la muerte, arranca también sin contemplaciones todos los velos ideológicos de la política socialdemócrata del 4 de agosto. En el frescor matutino del análisis científico del fenómeno histórico global y su contexto, expresiones retóricas del tipo de “combate por la civilización”, “contra el zarismo”, o “por la defensa de la patria” se convierten en humo pajas. Rosa Luxemburg muestra de manera concluyente que en el actual marco imperialista la idea de una guerra defensiva modesta, virtuosa y patriótica, se ha volatizado. La política de guerra seguida por la socialdemocracia se revela en toda su fealdad: significa el fracaso, la dimisión de un partido obrero socialdemócrata aburguesado que liquidó a bajo precios un derecho de primogenitura revolucionario del que podía estar orgulloso por muchos menos todavía

que el plato de lentejas exigido por [Kautsky](#): por la frase del emperador: “no conozco partidos, sólo conozco alemanes”, por el honor de alistarse en la camarilla nacionalista.

El *folleto de Junius* comienza con una exposición del deber y la importancia de la autocrítica socialista, que está entre las páginas más admirables salidas nunca de las profundidades de una sensibilidad y un pensamiento socialista puro y fuerte. En este punto, la íntima y ardiente convicción exige de nosotros los más elevados y rigurosos criterios en nuestra acción como socialistas, y con una fuerza profética dirige sus miradas hacia las perspectivas futuras, prodigiosas y deslumbrantes, que se abren para el socialismo. La gran hora cercana del viraje de la historia encontrará en el proletariado un gran pueblo que se ha formado para el triunfo del socialismo en los altibajos de las victorias y las derrotas de sus luchas revolucionarias mediante una autocrítica despiadada. El fin el folleto coincide con el comienzo y se cierra el círculo: considera la guerra mundial como la abertura de la vía a la revolución mundial. En este combate gigantesco, la victoria y la derrota deben tener fatalmente unas consecuencias idénticas para los grupos imperialistas combatientes al tiempo que, para el proletariado de los países implicados, y ambos deben conducir inevitablemente al hundimiento del orden y de la civilización capitalistas y a su comparecencia ante el tribunal de la revolución mundial., Rosa Luxemburg escribió eso en marzo y abril de 1915. Mucho antes de que el proletariado ruso, dirigido por los bolcheviques decididos a llegar hasta el final, emprendiera el asalto de la revolución social, mucho antes de que el más ligero vestigio anunciara la proximidad de una oleada revolucionaria en Alemania y en la doble monarquía de los Habsburgo. Todo lo que supimos después, todo lo que Rosa Luxemburg pudo saber parcialmente, confirma de manera deslumbrante con qué agudeza y exactitud vio las líneas de la evolución histórica en el *Folleto de Junius*.

Precisamente por este motivo, quizás algún lector se pregunte, deplorándolo o reprochándolo, por qué la autora no ha indicado la posibilidad de una revolución en Rusia, pro qué ha dejado de pronunciarse sobre los métodos y los medios de lucha del proletariado en el período de desarrollo revolucionario que se iniciaba. Es cierto que, a partir de 1915, comenzaba a vislumbrarse cada vez más claramente el coloso de la revolución que surgía del caos mugiente de la guerra de los pueblos. De todos modos, ningún signo indicaba dónde cuándo comenzaría su marchar triunfal. La revolución rusa tenía que ser el objeto de un segundo *Folleto de Junius*, para el que Rosa Luxemburg ya había esbozado rápidamente algunas líneas directrices³. La mano asesina del soldado civilizador nos ha privado de la obra proyectada, que habría estudiado y valorado los medios y los métodos de lucha de la revolución. Evidentemente, no a la manera de Kautsky, según un esquema rígido al que la evolución habría debido adaptarse como a un lecho de Procusto. No, la concepción de Rosa Luxemburg sigue fiel al flujo vivo y creador de la evolución histórica: “La hora histórica exige cada vez las correspondientes fuerzas del movimiento popular y ella misma crea nuevas fuerzas, improvisa medios de lucha desconocidos hasta entonces, escoge y enriquece el arsenal del pueblo, indiferente a todas las prescripciones de los partidos”. Lo que se trata de hacer realidad en la revolución no es “las prescripciones y recetas ridículas de naturaleza técnica, sino la consigna política, la clara formulación de las tareas e intereses políticos del proletariado”.⁴

Y analizó en la época un instrumento de lucha ya experimentado por la clase obrera: la *huelga de masas*, cuya importancia histórica fue la primera en reconocer y a la que llamaba “la fuerza del movimiento clásico del proletariado en los momentos de

³ [Sobre la revolución rusa](#), Obras escogidas de Rosa Luxemburg en castellano - Edicions Internacionals Sedov.

⁴ [Huelga de masas, partido y sindicatos](#), Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

fermentación revolucionaria”. El presente ha dado una nueva y acrecentada importancia al folleto que escribió sobre el tema, y ha abierto un camino a una estimación exacta de este medio de lucha; hoy debería encontrar millones de personas que lo leyeran, entendieran y se convirtieran en millones de militantes dispuestos a pasar a la acción.

El *Folleto de Junius* es una joya particularmente brillante en la rica herencia que Rosa Luxemburg legó al proletariado alemán y del mundo entero para la teoría y la praxis de su lucha liberadora, una joya cuyo fulgor y brillo recuerdan dolorosamente cuán enorme e irreparable es la pérdida sufrida. Todo lo que puede decirse a este respecto es como una árida lista de nombres de plantas al lado de un jardín lleno de flores abiertas, ricas en colores y perfumen. Es como si Rosa Luxemburg, presintiendo su fin prematuro, hubiera reunido en él la mejor de las fuerzas de su ser genial: el espíritu científico y penetrante de la teoría, la pasión intrépida y ardiente de la militante convencida y osada, la riqueza interior y el brillante poder creador de una mujer en lucha perpetua y dotada de una gran sensibilidad artística. Todos los dones con los que la naturaleza le había dotado generosamente la acompañaron cuando escribió esta obra.

Pero ¿no hizo más que escribirla? No, la vivió en lo más profundo de su alma. En su crítica aplastante de la traición socialdemócrata y en la exaltante perspectiva de la renovación y del ascenso del proletariado en la revolución; en sus palabras teñidas de una fuerza incisiva; en sus frases que se precipitan con impetuosidad hacia sus objetivos; en el encadenamiento inflexible y en el inmenso alcance de sus pensamientos; en sus sarcasmos llenos de ingenio; en sus imágenes expresivas y su *pathos* simple y noble; en todo eso se percibe que corre la sangre caliente de Rosa Luxemburg, que habla su voluntad de hierro, que todo su ser, hasta la última fibra, está ahí. El *Folleto de Junius* es la expansión del propio ser de una gran personalidad, entregada enteramente, sin reservas, a una gran causa, a la mayor de las causas. Por consiguiente, más allá de la muerte, Rosa Luxemburg nos contempla hoy que más que nunca está al frente del proletariado y le conduce por su camino de Gólgota hacia la tierra prometida del socialismo.

De la aureola que rodea su figura, se desprende, sin embargo, otra personalidad. Hay que sacarla de la sombra en que se mantuvo voluntariamente, con una discreción que es un índice de auténtico valor y de entrega absoluta al servicio de un ideal. Esta personalidad es Leo Jogiches Tyszka. Durante más de veinte años, vivió con Rosa Luxemburg en una comunidad de ideas y de lucha incomparable, que había sido reforzada por la fuerza más poderosa existente en el mundo: la pasión ardiente y devoradora que ambos seres excepcionales tributaban a la revolución. Pocas personas han conocido a Leo Jogiches, y menos son las que lo han apreciado en su justo valor. Solía aparecer simplemente como un organizador, como el que hacía pasar las ideas políticas de Rosa Luxemburg de la teoría a la práctica, un organizador de primera categoría, un organizador genial. Sin embargo, su actividad no se limitaba a eso. Poseedor de una cultura general amplia y profunda, y disponiendo de un dominio poco común del socialismo científico y dotado de un espíritu de matices dialécticos, Leo Jogiches era el juez incorruptible de Rosa Luxemburg y de su obra, su conciencia teórica y práctica siempre vigilante; sabía ver a distancia y abrir nuevos horizontes, mientras que Rosa, por su parte, era la que tenía el espíritu más penetrante e idóneo para concebir los problemas. Era uno de esos hombres, todavía hoy muy escasos, que, dotados ellos mismos de una gran personalidad, pueden admitir a su lado en una camaradería leal y dichosa la presencia de una gran personalidad femenina, asistir a su desarrollo y a su transformación sin ver en ella una presión o un daño infligido a su propio yo; un revolucionario flexible, en el sentido más noble de la palabra, sin contradicción entre las ideas y los actos. Buena parte de lo mejor de Leo está contenido en la obra y la vida de Rosa Luxemburg. Su insistencia fogosa e incansable y su crítica creadora contribuyeron igualmente a que el *Folleto de Junius* llegara a aparecer

tan rápidamente y de una manera tan magistral, de igual manera que debemos a su voluntad férrea que se imprimiera y defendiera, pese a las extraordinarias dificultades procedentes del estado de sitio. Los contrarrevolucionarios sabían lo que se hacían cuando, unas semanas después del asesinato de Rosa Luxemburg, hicieron asesinar también a Leo Jogiches, en el curso de un supuesto “intento de fuga” en la misma prisión de Moabit donde, en pleno día y a bordo de un elegante coche privado, pudieron sacar al asesino de Rosa.

El *Folleto de Junius* era un acto político individual. Debe engendrar la acción revolucionaria de masas. Forma parte de la dinamita del espíritu que hace saltar el orden burgués. La sociedad socialista que se alzarán en su lugar es el único monumento digno de Leo Jogiches y Rosa Luxemburg. La revolución a la que dedicaron su vida y por la que han muerto está a punto de erigir ese monumento.

Clara Zetkin
Mayo de 1919



germinal_1917@yahoo.es